

TITULO: EL SUBDESARROLLO EN NUESTRAS CIUDADES.
AUTOR: Fco. Alberto Varela García
DIRECCION: ETS Ingenieros de caminos, canales y puertos
Campus de Elviña s/n
15071 La Coruña
TFNO: 981.16.70.00 Ext. 1488
CORREO ELECT: avarela@udc.es
REFERENCIA: Socio de la delegación en Coruña de ISF-Galicia desde su creación en 1996.
Miembro del Grupo de Trabajo infraDOMUS desde su creación en 1999.
PUBLICADO EN: Revista Federal de Ingeniería Sin Fronteras (ISSN:1139-5532)
nº 14, pág. 58-61
FECHA: Marzo 2001

“¿Tienes coche robado?” “¿De qué color es coche robado tuyo?” Nunca olvidaré estas preguntas que me hicieron dos niños de aproximadamente ocho y seis años. Yo intentaba acercarme a unos depósitos de agua que abastecen a varios barrios de la ciudad de La Coruña para obtener unas fotografías para un trabajo. Tenía que ir andando por caminos de un monte de la periferia. En el recorrido apareció un vertedero ilegal, y en él, dos niños recogían piezas de ropa que posiblemente alguien había tirado allí la noche anterior. El más pequeño sólo llevaba puesto un pantalón de adulto de tergal, y aunque no era capaz de sujetarlo adecuadamente se le notaba muy a gusto dentro de él. Posiblemente era el mejor premio que le había tocado después de rebuscar entre el montón de prendas que se apilaban sobre la basura.

Mi presencia no les molestó aunque tuviese una cámara en la mano. Mientras estuve con ellos no pararon un momento en su tarea. Sus frases eran cortas. Empleaban una estructura desordenada y un vocabulario deficiente y muy particular. El pequeño encontró un trozo de cordón de embalaje, y entre ambos lo anudaron alrededor de su cintura. Ahora, era el momento de ponerse la chaqueta que hacía juego con el pantalón. Yo no sabía decir cuál de las dos prendas le sentaba peor, pero a él le convenció tanto el conjunto que ya no siguieron buscando más. Recogieron todo lo que ellos entendían que podría ser de interés, y se marcharon del lugar.

Aunque inicialmente tuve un impulso por seguirlos, no fui detrás porque sabía perfectamente que se dirigían hacia su casa. Quizás ellos no lo supiesen, pero la chabola que les sirve de hogar se encuentra en el lugar más peligroso de la ciudad. Un territorio al margen de las normas y las leyes que rigen nuestra sociedad. Un poblado donde se cometen diariamente delitos de toda índole, pero en el que la policía se niega a entrar. Un ambiente que encierra a sus habitantes en un mundo de marginalidad, y que conduce a sus niños a un futuro de analfabetismo, exclusión y delincuencia.

Nos encontramos con la paradoja de que en el mundo desarrollado y avanzado aparecen situaciones de pobreza tan preocupantes, como las que ocurren en los países en vías de desarrollo. Cuantitativamente las cifras de miseria del Sur desbordan a las del Norte, e incluso pueden hacer que algún incauto no las considere. Sin embargo, cualitativamente las peculiaridades que presenta la pobreza en las ciudades desarrolladas muestran una cara feroz y terriblemente pesimista: el progreso económico no va acompañado del progreso social. De hecho las situaciones individuales de mayor desigualdad se encuentran en las ciudades

desarrolladas. Aparecen los mayores logros del ser humano junto a sus mayores fracasos. Edificios inteligentes se levantan ante viviendas infrahumanas. La pobreza en estas circunstancias toma un carácter más perverso, puesto que ante la falta de recursos económicos que determina las necesidades básicas para vivir, la pobreza además empuja a los que afecta hacia la exclusión y la marginación social, dentro del propio entorno en el que se encuentran. Ya no hablamos de diferencias macroeconómicas, históricas, culturales, políticas, o estructurales entre diferentes países. Nos encontramos en la misma ciudad, incluso en el mismo barrio, dentro del mismo sistema político, legislativo y económico, plenamente consolidado. Nos hallamos en una situación donde aparentemente todo *va bien*, y sin embargo, para algunos el día a día *va demasiado mal*.

Si nos paramos a reflexionar un momento nos damos cuenta que ser pobre en una de nuestras ciudades determina una serie de aspectos vitales, fundamentales para el desarrollo personal como ciudadano. Cuestiones que pasan prácticamente inadvertidas para la mayoría de los ciudadanos cuando se poseen, y se vuelven especialmente crueles e inhumanas si se tiene la desgracia de carecer de ellas.

Vivienda

La vivienda en nuestra sociedad es el elemento más importante a la hora de participar en la vida de las zonas urbanas, favoreciendo la integración social y la calidad de vida de las personas. Tener un lugar donde poder recogerse a descansar, donde compartir unos minutos con familiares o amigos, o simplemente un lugar para dar una dirección en una solicitud de trabajo, es casi imprescindible para tener la oportunidad de ser considerado dentro de nuestra sociedad actual. Para la UNESCO "*el derecho a la vivienda, derecho a un techo para sí y la familia, es una condición de ejercicio de la ciudadanía*". Julián Salas va más lejos al sostener que sin un cobijo digno, se está más cerca de la condición de *sobreviviente* que la de *ciudadano*. Las investigaciones sociológicas más recientes sugieren que el factor que más significativamente asocia a una persona a la situación de pobreza es el lugar donde reside, más que cualquier otro indicador del nivel individual, como pueden ser los estudios, o los ingresos.

Pese a que el derecho a una vivienda digna está recogido en la Carta Magna de la mayoría de los países, atendiendo al artículo 25 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en la práctica no termina de concretarse. La polémica surgida en Habitat II ante la oposición de las

delegaciones oficiales norteamericanas por reconocer este derecho, nos acerca más a la realidad.

En el sistema donde nos ha tocado vivir, la vivienda es el bien de consumo estrella, al menos por los precios que alcanza. El mercado marca los elevados costos de compra, inalcanzables para economías modestas, y que hipoteca de por vida a la mayoría de las familias. Su importancia para el desarrollo de la persona debería convertirlo en bien de uso, pero intereses económicos (perfectamente identificados) lo impiden anteponiéndose a las necesidades sociales. Aparece una estructura especulativa sobre el uso del suelo, donde Políticos, Inmobiliarias y Bancos suman esfuerzos para planificar a su gusto el crecimiento urbanístico de las ciudades, sin atender a las personas que viven en los lugares que pretenden renovar, y que debieran ser los principales beneficiarios.

Los gestores administrativos son responsables fundamentales de esta situación: no existe voluntad política por cambiar la situación actual, se escatiman recursos en viviendas públicas, no se invierte en rehabilitación de edificios antiguos, se permite la existencia de viviendas sin ocupar a la espera de un pelotazo especulativo en los centros históricos de las ciudades, se dictan leyes permisivas en la construcción de los nuevos barrios, se tolera la falta de equipamientos colectivos que constituyen el sistema básico de integración y convivencia, se hace la vista gorda en grandes actuaciones urbanísticas de dudosa legalidad y de nefasto impacto social en gran parte de ellas, etc., etc., etc.

Formación

Los recursos condicionan el grado de enseñanza que puede alcanzar una persona. Pese a encontrarnos en un sistema educativo con enseñanza pública y obligatoria hasta los 16 años, la precariedad económica de una familia limita en gran medida los esfuerzos de los estudiantes. En muchos casos, niños y adolescentes deben atender a aumentar los ingresos del hogar, quitando tiempo y dedicación a los libros.

Las circunstancias laborales actuales obligan a tener una buena formación para desempeñar casi cualquier puesto, por lo que una educación precaria condiciona el acceso a gran parte de trabajos profesionales, y sólo permite optar a los de salarios más bajos, o los de condiciones laborales más duras, o los que unen los dos aspectos en un solo empleo.

Relaciones sociales

La formación de barrios cerrados con personas de similares niveles de ingresos está siendo una constante en la forma del crecimiento actual de las ciudades. Se obliga desde el mercado a convivir con personas similares a nosotros, lo que empobrece a la sociedad en general. Las personas con menos recursos se ven apartadas de la vida social de la ciudad. Sólo se relacionan con personas que viven en circunstancias parecidas a las suyas, con lo que les resulta difícil salir de su situación. La defensa de sus derechos disminuye porque son un colectivo débil, sin medios ni recursos ni interés suficiente para organizarse.

Nivel de información

La falta de medios económicos repercute en la falta de información, lo que aleja de las posibilidades de salir de la precariedad en la que se puede encontrar cualquier persona en un determinado momento. Cuando la preocupación principal de alguien es sobrevivir al mundo en el que vive, el tiempo empleado en buscar información prácticamente desaparece. La información que recibe es escasa y muy limitada, profundizando aún más en las diferencias sociales existentes y disminuyendo al mínimo la participación como ciudadano.

Salud

La calidad de la alimentación de una persona está muy condicionada por el dinero que se tenga para adquirir los productos alimentarios. Sucede lo mismo con el tipo de prendas de vestir que se usan dependiendo de las circunstancias meteorológicas. Ambos aspectos son esenciales en el grado de salud que pueda tener una persona. Pero aparecen también otros, que podemos relacionar con cuestiones ya mencionadas. Por ejemplo, la higiene, primordial para un buen estado de salud, está muy supeditada a la vivienda que se posee, de manera singular a la calidad o la existencia de abastecimiento y saneamiento en la misma. También tiene importancia en la higiene el grado de enseñanza, las relaciones sociales, e incluso la información que se posea en un momento determinado.

Pero si además de la salud física, tenemos en cuenta la mental, podemos decir que todas las circunstancias de la vida de una persona repercuten en su grado de salud. La pobreza se convierte en un gran aliado de la enfermedad, en todas sus vertientes y singularidades.

La pobreza en las ciudades influye negativamente en estos cinco factores básicos, y los unifica en un aspecto más terrible y negativo aún: la marginación. La situación de precariedad en cada

una de las cuestiones planteadas impulsa a las personas que la sufren a un mundo al margen del funcionamiento de la ciudad. Se les excluye de la vida social, se les aparta de los mecanismos del comportamiento habitual de los ciudadanos, y se les relega a las periferias físicas y psíquicas de la ciudad. La falta de recursos provoca en la persona que lo sufre un sentimiento de inferioridad que lo empuja inconscientemente a renunciar a la vida como ciudadano, llegando a autoexcluirse de la sociedad. La propia Unión Europea habla de exclusión al definir en su Programa de Lucha contra la Pobreza a una persona pobre como aquella *"persona, familia o grupo cuyos recursos son tan limitados que los excluyen del mínimo nivel de vida aceptable en los Estados en los que viven"*.

Mi encuentro con los niños que recogían ropa usada no duró más de cinco minutos, pero no dejo de pensar en la situación en la que se encuentran. Niños, que forman el grupo más numeroso de los habitantes de estos asentamientos, y que no conocen otra vida distinta a la que ven en el conjunto de chabolas en donde residen. La droga, los robos, las peleas y la miseria les rodea por los cuatro costados, y no tienen forma de escapar. Nadie se preocupa por otorgarles un futuro mejor, es decir, un futuro distinto del que ahora poseen, por lo que se ven condenados desde que nacen a vivir en la marginalidad.